

estoy inclinado, en el fondo, a incluir en una antología de textos, parecida a la presente, formada y presentada bajo el rubro de *Evolución de la teoría de las ideas*, todos los pasajes de los diversos Diálogos en que Platón exponga, directa o indirectamente, algún aspecto de su creación que es la teoría de las ideas.

El trasfondo de esta antología son estudios que precisamente sobre el mismo tema vengo realizando desde hace varios años, asesorado en buena parte por el eminente filólogo alemán Kurt von Fritz, profesor de la Universidad de Munich. Al ver por primera vez este librito y teniendo a la vista el otro de Aristóteles en la misma serie, publicado por el propio Gadamer, pensé que las dimensiones responderían a algún límite y que por ello se incluían sólo dos fragmentos de dos diálogos. Pero muchos volúmenes de la colección sobrepasan las cien páginas: Plotino 320, Rosseau 120, Peirce 170, Scheler 266, etc., por lo que, sin duda, el número de páginas del presente responde a otras razones.

La composición del volumen me parece sobria y cabal: *a*) una breve y enjundiosa introducción; *b*) los textos en presentación bilingüe; *c*) aclaraciones de conjunto y de cada paso con carácter histórico, filológico y filosófico; *d*) bibliografía. La parte más importante, como es fácil suponer, es la que ofrece la doctrina misma: el *texto griego*, para quien pueda y desee verificar el sentido de un pasaje o el valor del uso de un término, y el *texto en lengua moderna* —alemana—, para el lector general interesado en ponerse en contacto directo con el pensamiento platónico a través de una traducción *segura y confiable* desde todo punto de vista, contacto que le es facilitado por las “aclaraciones” o breves comentarios. El sintético juicio sobre la traducción lo fundo en dos cosas: en el prestigio filológico y filosófico del maestro Gadamer, cuyas obras sobre autores griegos lo demuestran y cuyo extraordinario manejo del griego pude comprobarlo personalmente en diversas ocasiones en Alemania; y en el examen de la traducción y en el cotejo con el texto griego de varios pasajes, como producto de lo cual afirmo que nunca encontré una desviación o un alejamiento del original, aunque yo personalmente prefiera más justeza y apegamiento no sólo al fondo mismo sino a la forma misma.

BERNABÉ NAVARRO

Karl R. Popper y John C. Eccles, *The Self and its Brain. An Argument for Interactionism*. New York: Springer-Verlag, 1977. 597 pp.

Esta obra escrita por dos connotados intelectuales en su madurez, Karl Popper —un distinguido filósofo de la ciencia— y John Eccles

—un neurobiólogo destacado—, versa sobre el problema mente-cuerpo. En ella, Popper expone primero sus pensamientos en favor de su interaccionismo y en contra de algunas teorías rivales para que en seguida Eccles haga lo propio. Por último, ambos sostienen una serie de diálogos sobre el tema.

Con la seriedad y el academismo que lo caracterizan, Popper encara la tarea de presentar el interaccionismo moderado que sostiene: hay una interacción causal entre la mente y el cuerpo, pero la mente no puede existir fuera de esa interacción. Sin embargo, es poco lo que Popper tiene que decir en favor de su interaccionismo, ya que nunca ofrece argumentos independientes en su favor; la defensa que hace es débil, pues supone que se trata tan sólo de una hipótesis que la investigación científica confirmará o refutará en su caso.

Popper no parece estar enterado de teorías recientes importantes, lo cual demerita grandemente sus reflexiones. Cuando habla de la teoría de la identidad no menciona las teorías de la identidad entre sucesos particulares, como son las de Thomas Nagel y Donald Davidson; tampoco se refiere a las teorías funcionalistas de Hilary Putnam y David Lewis. Peor aún, no parece tener una apreciación correcta de la teoría de los materialistas australianos, pues no incorpora el uso que hacen éstos de la distinción entre sentido y referencia —en esto siguen a Frege—, distinción que los separa del materialismo crudo que sostiene que lo mental es mera ilusión. Esto es grave.

Pero lo peor en el intento de Popper es su ingenuidad filosófica. Introduce la discusión suponiendo la existencia de tres mundos —para decidir la existencia de los cuales le basta su propio sentido común. No obstante, la tarea puede quedar simplificada: Popper sólo tiene que ver si las teorías mente-cuerpo le hacen justicia a los tres mundos o no. El colmo arriba cuando Popper declara refutada la teoría del Yo humeana por causa de un experimento (p. 128), o cuando se deshace del Yo 'puro' de Kant. Quizá haya que tomar el libro como un conjunto de reflexiones libres de una persona inteligente, algunas de las cuales podrían ser útiles en un curso introductorio al problema. Al filósofo profesional poco tiene que decirle Popper.

En la segunda parte del libro, Eccles ofrece un repaso de la neurobiología actual. Ahí desfilan una exposición de la estructura de la corteza cerebral y un análisis de la potencia perceptual así como de la del movimiento voluntario; también presenta los centros del lenguaje, las lesiones cerebrales globales y circunscritas y los procesos cerebrales que requiere la memoria. No se conforma con exponer las bases cerebrales del funcionamiento de la mente, sino que ade-

lanta una teoría dualista interaccionista de la misma. Sin embargo, cuando arriba al punto de explicar la interacción de la voluntad con la acción, confiesa que no puede exponer esa interacción (p. 276); tampoco puede responder acerca de la localización de la mente (p. 376), y sobre la cuestión acerca del *status* de la mente a la muerte del cuerpo declara que "es la última cuestión" (p. 372). Eccles se adhiere a una versión dualista en que la mente aparece como un homúnculo, con un tipo de función de escritor: selección, síntesis, cambio, etc. Pero, aun cuando propone el dualismo como una hipótesis empírica que podrá aceptarse debido a su mayor fecundidad explicativa *vis à vis* otras hipótesis, algunas veces cree leer su dualismo en los descubrimientos cerebrales.

La lectura de estos capítulos resulta, por demás, pertinente para cualquier estudio del problema y constituye un reto importante encuadrar toda esa evidencia con las propias intuiciones o teorías acerca de ese problema. Así, el funcionalista o el teórico de la identidad podrán acomodar esos descubrimientos dentro de sus teorías dando con ello un mentís a las pretensiones de Eccles. Su contribución provee de una ayuda lateral al filósofo.

La tercera parte la constituyen doce diálogos sostenidos durante un periodo de diez días, los cuales tocan un sinnúmero de problemas y permiten apreciar la complejidad, dificultad e interdependencia que tienen las diferentes partes del problema. Desafortunadamente, al lado de intuiciones valiosas expuestas llanamente encontramos declaraciones teóricas apoyadas pobremente, es decir, sin argumentos.

Popper y principalmente Eccles creen que hay hechos que apoyan a una teoría frente a otras. A través de los diálogos surgen estos "hechos". Uno de ellos es la conciencia y principalmente la autoconciencia o conciencia reflexiva, pero resulta desalentador ver que los autores se refieren una y otra vez a la autoconciencia sin ofrecer un análisis de la misma (cf. p. 444) y sin convertir ese hecho en una razón en contra de las teorías rivales.

Los dialoguistas deciden combatir lo que consideran los dos rivales más temibles para la hipótesis interaccionista, a saber, el paralelismo (del que dicen incluye al pansiquismo) y el materialismo. Contra el primero insisten en la interacción concebida como la agencia de un homúnculo (pp. 481, 524), el cual luego atribuyen al paralelista (p. 512) como una consecuencia escandalosa de esa teoría. El argumento de Popper consiste en usar la ley de Leibniz y encontrar una serie de hechos que no pueden decirse o concebirse de la materia para poder así postular la mente. Se advierte de entrada un inmenso *non-sequitur*. Continuemos, sin embargo, por mor del argumento. Popper hace referencia a la autoconciencia, a la memoria, a la unidad de la conciencia, o la libertad propia, etc., así como a

algunos casos de experiencia: el caso de los colores de Land (p. 525), o el teorema de Euclides acerca del mayor número primo (Diálogo XI), o la posible violación de la primera ley de la termodinámica.

El primer conjunto de argumentos tiene un carácter *a priori* no declarado, mientras que el segundo resulta sólo contingente. Respecto de los argumentos del primer tipo hay que decir dos cosas: primero, sólo representan obstáculos que deberá resolver todo estudioso del tema, es decir, no prueban ni refutan teorías como el paralelismo, el materialismo o el interaccionismo. Segundo, sólo constituyen impresiones semi-emotivas acerca de esos problemas pues, por ejemplo, Popper no tiene argumentos para demostrar que la unidad de la conciencia no pueda tener una naturaleza material —excepto el pésimo “argumento” de declarar a la materia como inerte (p. 511).

En conexión con lo dicho anteriormente, resulta peor aún la ignorancia de los autores respecto de la fecundidad de la distinción entre sentido y referencia, pues esta distinción, cuando se la usa con pertinencia, permite acomodar, en principio, la manera de apreciar o de “sentir” el hecho de la unidad de la conciencia o de la imaginación con la realidad del materialismo. Tantas veces como Popper hace mención de sus “hechos” excluyentes, ocurre la distinción sentido-referencia para resolver el aparente conflicto. Si sentimos nuestra propia unidad no se excluye que haya una correlativa unidad material a la que refiere nuestro sentimiento.

Del segundo tipo de argumentos, a saber, los que resultan de descubrimientos empíricos, sólo hay que decir que no pueden representar amenaza alguna para teorías del tipo de las estudiadas aquí.

Finalmente, queda la cuestión acerca del tipo de dualismo interaccionista que defienden los autores. La respuesta es cruda y en el caso de Eccles desciende al nivel de la propaganda. Popper piensa que la mente emerge (misterio) del cuerpo pero es independiente del mismo aun cuando interactúa (misterio) con él (p. 560). Eccles se muestra más susceptible y piensa en la vena platónica de que la mente pre-existe a su unión con el cuerpo (p. 560) y encarna (misterio) en él para luego... (misterio final y tremendo).

Las razones de Eccles para una postura tan drástica y fuera de época son prosaicas, a saber, la irreductible superioridad de la mente autoconsciente frente al cuerpo inferior. En el último diálogo, Eccles hace un intento de último momento, arrebatado y poco académico, para convencer a Popper de que a menos que acepte la radical independencia —en origen como en existencia— de la mente frente al cuerpo, corre el peligro de quedar del lado de los herejes del tipo de D. M. Armstrong (p. 559). Pero Popper siempre ha sido

obstinado y la edad no lo hace menos y no cede, por el contrario, afirma que la mente autoconsciente es un producto del cerebro y que no tenemos una explicación de esa producción. A estas alturas Popper nos debiera ofrecer una elucidación de esas palabras.

ENRIQUE VILLANUEVA